

en policías, repara en la disputa de actores institucionales y familiares por el encuadre administrativo otorgado a la muerte de agentes de la PFA. En esta línea, al analizar prácticas públicas de activistas vinculados a instituciones policiales, Galar (2016) da cuenta de la apelación a la muerte en el reclamo de agentes como evidencia indiscutida de las adversas condiciones laborales del colectivo policial. Los policías subalternos, de esta manera, apelan a la muerte como un mecanismo de canalización de reclamos laborales.

En una perspectiva histórica, Galeano (2011) destaca la fórmula del “caído” en tanto construcción que condensa la heroicidad policial instalada durante el siglo XX, como una práctica institucional que fomenta valores policiales y pretende incitar empatía entre los vecinos. En otra línea de análisis, Sirimarco (2016) desentraña el heroísmo policial en las representaciones vivientes a partir de la cosa muerta como lo es el esqueleto de Chonino, un perro policía. En estos trabajos, la heroicidad policial está enlazada de forma compleja no sólo con la muerte sino, sobre todo, con el material cadavérico.

En este trabajo nos proponemos abordar las formas de presentación, procesamiento y revitalización del morir en fuerzas de seguridad desde una perspectiva etnográfica. El análisis se desplaza en dos niveles interrelacionados. Por un lado, la significación cultural del morir trágicamente –en la que participan actores con capacidad de enunciación en el espacio público–, incluyendo las acciones políticas, los homenajes y las interpretaciones en disputa. Por otro lado, en un registro público pero en sentido restringido, analizamos los rituales, narraciones emotivas, demandas de reparación y actividades colectivas de memoria promovidas por los sujetos que forman parte de las fuerzas de seguridad. El análisis se encuentra organizado en tres partes; una primera parte referida a la construcción pública de las tragedias, una segunda parte que focaliza en los rituales velatorios y una tercera parte en la cual abordamos homenajes y recordatorios materiales realizados a los/as fallecidos/as.

Atendiendo a las características del objeto empírico, con miras a explorar sentidos que circulan y se dinamizan en el marco de la experiencia pública, consideramos pertinente el uso privilegiado de materiales de prensa como fuentes. Apelaremos al archivo audiovisual de las cadenas televisivas *Todo Noticias* y *C5N* y al registro de los diarios *Clarín*, *La Nación* y *Página/12*, un archivo que incluye los días de ocurrencia de las tragedias y las ceremonias de despedida de los

controlar este siniestro, las muertes de bomberos y rescatistas producto del derrumbe parcial de la edificación y los velatorios de los fallecidos ocurridos en febrero de 2014 en CABA fueron públicamente nominados como “la tragedia de Barracas”. Entendemos que la trama dramática de la tragedia, en buena parte alentada por la presencia de la muerte colectiva y por la oportunidad mediática y política, colaboró en su configuración particular volviéndose central en su constitución como acontecimiento. Del análisis se evidencia una marcada periodización en tres etapas que a continuación reconstruimos en términos sintéticos.

Una primera etapa estuvo marcada por la crisis y el suspenso en torno al incendio del depósito. Comenzó por la mañana, con el desencadenamiento del siniestro, incluyó el derrumbe que afectó a los bomberos que trabajaban en el lugar y finalizó al mediodía con el anuncio de los nombres de las víctimas. Algunos de los fallecidos eran parte del escalafón Bomberos de la PFA, otros eran bomberos voluntarios del sur de la ciudad. Fue un período de incertidumbre y ritmo vertiginoso en el cual se destacaron los aportes audiovisuales del periodismo ciudadano y las escenas aportadas por el helicóptero de un canal de noticias que mostraba tanto el depósito en llamas como los cuerpos muertos de las víctimas en el piso, cubiertos con sábanas. Esa imagen de los cuerpos es, en la narrativa literaria y periodística, propia de la muerte trágica y, de hecho, evoca a la intervención policial. Por último, adquirió centralidad la recopilación de imágenes de bomberos quebrados emocionalmente, llorando, abrazados.

En una segunda etapa, delimitable alrededor de la tarde, una vez conocidas las identidades de las víctimas, varios actores confluyeron en la construcción pública de la heroicidad de los bomberos. Por esas horas la prensa se inclinó por narrar las historias de vida de las víctimas apelando al testimonio de familiares y compañeros. Se conocieron, además, los rostros de los fallecidos a partir del acceso a sus perfiles personales de Facebook, imágenes que ilustraban tanto la esfera “civil” como “profesional” de sus vidas, frontera clave en la construcción pública de la heroicidad. Asimismo se difundieron caracterizaciones sobre el “sacrificado” trabajo rutinario de los bomberos, más allá y a partir de la tragedia ocurrida aquella jornada. Un trabajo sacrificado que se evidenciaba en términos concretos en la tarea que los bomberos continuaban desarrollando en Barracas, pues, aunque controlado, el fuego se mantuvo activo durante días. A partir de estas imágenes se apelaba tanto al costado emotivo de los lazos personales de los bomberos como a su costado profesional, en tanto continuaban con las tareas operativas a pesar del dolor ocasionado por la muerte de sus compañeros.

entrevistados eligieron para describir la actividad operativa propia del Móvil (diferenciándola de las tareas en otros sectores de la GNA). Para ellos el Móvil fomenta el compañerismo en las comisiones que se extienden por semanas o meses, en las que conviven, comparten las comidas y se apoyan en las añoranzas a las familias. Es por esto que destacar el compañerismo en la transmisión y procesamiento de la muerte no es casual ni está desarticulado de la actividad cotidiana del Móvil de GNA.

Algunos elementos son transversales a los dos acontecimientos y, en nuestra lectura, imprimen fuerza dramática a las tragedias. El primero de ellos es el lugar que los compañeros y compañeras de trabajo adquieren dentro del drama. En ambas ocasiones son quienes provén la asistencia primaria, quienes hacen de socorristas en una situación difícil para este ejercicio. Esta acción resulta patente tanto en el registro mediático como en las entrevistas a policías y gendarmes, subrayando la continuidad del drama. El otro elemento destacable que constituye el acontecimiento como drama es la territorialidad. El primer acontecimiento ocurrió en la CABA, ciudad que junto con su conurbano constituye el lugar de procedencia de los fallecidos, donde además fueron enterrados los muertos. El segundo acontecimiento sucedió en Salta y las personas fallecidas pertenecen a doce provincias diferentes, razón por la cual los cuerpos muertos fueron trasladados a diferentes sitios para su sepultura. Esta particularidad estimuló la federalización de la tragedia al tiempo que difuminó por el territorio los reclamos y homenajes realizados posteriormente por los familiares de las víctimas.

LLANTOS INSTITUCIONALES, DOLORES PRIVADOS Y VELATORIOS COLECTIVOS

Los ritos mortuorios, inmersos en una trama cultural específica, colaboran con los deudos en la aceptación de la muerte de sus seres queridos. Estos ritos conjugan gestos improvisados y rituales codificados, prácticas añejas y gestos novedosos, elementos del ámbito público y del privado. Como señalan Gayol y Kessler (2015), los deudos y el Estado buscan formas de honrar a los muertos y, particularmente desde la esfera estatal, de distinguir a aquellos que ofrendaron sus vidas por el bien público. Las ceremonias de despedida de bomberos

particularmente en algunos de sus panteones, implica una distinción. En un sector de sus jardines se demarcó un espacio con equipo de sonido, sillas y ubicaciones para los participantes con miras a realizar el recibimiento de los cuerpos. Desde el micrófono se expresaron algunas autoridades políticas e institucionales de primer rango e, incluso, se dio lectura de una carta enviada por el Papa Francisco. En las imágenes tomadas por canales televisivos notamos seriedad, organización y control de cada paso previsto en el evento. Los horarios estaban prefijados y cada acto ocurrió de acuerdo al esquema pautado. En las entrevistas los bomberos destacaron la organización de la ceremonia a partir de una marcada estructuración dispuesta por la PFA.

En el caso de los gendarmes muertos en el accidente ocurrido en Salta, el velatorio se llevó a cabo por la noche del 14 de diciembre en el Forum, un centro de convenciones ubicado en el corazón de la ciudad de Santiago del Estero, a metros del Móvil de GNA donde cumplían funciones los fallecidos. Este moderno edificio cedió paso al rito católico de la capilla ardiente dispuesta para la veneración, la manifestación de respeto y la realización de oraciones religiosas. En el lugar se hicieron presentes las máximas autoridades de la fuerza, pero también importantes referentes de la política como la vicepresidenta de la nación y la gobernadora de la provincia. En conversaciones con los medios, sin pronunciar discursos durante el velatorio, ambas hicieron referencia a la figura genérica del gendarme, a su patriotismo, al acto de entrega a la patria que representaban las muertes y al dolor reinante en las familias afectadas.

Durante ese día se sucedieron escenas de desborde derivadas de la escala del accidente y de la falta de previsiones para una tragedia de esta envergadura. Los medios de comunicación referían a que no alcanzaban los ataúdes disponibles en la ciudad ni las banderas argentinas que, según marca el protocolo, debían envolverlos. Tampoco eran suficientes los soportes para los cajones y, de hecho, utilizaron pies de diferentes estilos para mantenerlos en altura. Además hubo dificultades para identificar a los muertos y no eran suficientes las bolsas para cadáveres, ni los vehículos para trasladarlos. Un gendarme nos comentó, por ejemplo, el enojo de una viuda al notar que su esposo estaba envuelto en una mortaja de menor calidad que, a sus ojos, se asemejaba a un mantel. Estas dificultades prácticas obstaculizaron la realización del ritual mortuario al tiempo que dejaron entrever la voluntad y actividad de las personas detrás de una liturgia que se pretende sobrehumana.

La institución dispuso de profesionales de distintas especialidades para brindar asistencia física y psicológica a los familiares de los accidentados, así como un móvil sanitario para atender a quienes padecieran algún tipo de descompensación. Además, la institución habilitó un transporte aéreo para mover los cuerpos de los fallecidos, ya colocados en sus respectivos féretros, hacia los lugares de sepultura. En ocasiones posibilitó el traslado de familiares de los fallecidos desde y hasta Santiago del Estero, según la necesidad. De esta manera, si bien el velorio se configuró como un acto multitudinario y público, los entierros fueron ceremonias individuales que volvieron a fragmentar a ese colectivo conformado como víctima.

Se trataron de velatorios colectivos, televisados “en vivo y en directo”, con participación de actores externos al círculo familiar. Es destacable en esta dirección la participación de los vecinos de las respectivas ciudades, agolpados a los lados del cortejo en Buenos Aires y en las inmediaciones del centro de convenciones de Santiago del Estero. Alrededor de las tragedias se configuraron públicos en el doble sentido que dan al término Cefaï y Pasquier (2003), como una audiencia mediática y como un colectivo de ciudadanos movilizados por un tema. Asimismo fueron notorias las presencias de las más altas autoridades institucionales, rindiendo homenaje a sus subalternos, es decir a aquellos a quienes en términos normales demandan entrega, sacrificio y valor. Se encontraron además las autoridades políticas nacionales y locales, pertenecientes en ambos casos a sectores políticos enfrentados que no solían compartir actos públicos. En los estudios de televisión, particularmente en la cobertura de “la tragedia de Barracas”, periodistas e invitados enaltecieron la tarea cotidiana de los profesionales fallecidos. En definitiva, a colación de las tragedias, un conjunto de actores intervino de diversas maneras reconociendo a la tarea policial, una valoración poco común en otras circunstancias.

En nuestras actuales sociedades occidentales la escena que usualmente se monta para despedir a una persona que acaba de morir es protagonizada por sus familiares, amigos y allegados. Es la persona y su corporalidad la que adquiere centralidad tanto en términos espaciales como en las conversaciones que los actores sostienen a su alrededor. Es común, por ejemplo, que se repasen historias que involucran a los fallecidos, recordar sus gustos, narrar sus preocupaciones. En las escenas que repusimos los velorios están comandados por actores institucionales fuertes que imponen sus marcas y símbolos. Las banderas argentinas referenciando al patriotismo, el lugar destacado que asumen las autoridades y la presencia de un sinnúmero de uniformados colaboran en la configuración de un

actor de carácter colectivo e institucional. Los ritos adquirieron el carácter de despedida de una pieza relevante que pertenece a una institución mayor, mientras los discursos en circulación referían a la profesión, a la fuerza y, en ocasiones, a las negligencias que confluyeron en el desenlace fatal.

Los velorios son también instancias donde, en medio del dolor, los deudos imaginan el derrotero del alma más allá del cuerpo muerto. La esperanza de un alma recogida por un ser superior o integrada a un sitio sagrado suele construirse en la interacción de los participantes que se implican en la despedida. Esta forma de elaborar el luto también estuvo presente en estos velorios colectivos. Algunos gendarmes utilizaron una interesante figura para denominar ese paso hacia otra forma de vida asociada profundamente a su auto-reconocimiento como “centinelas de la patria”: “centinelas en el cielo”. En esta fórmula condensaban el compromiso de su tarea de “centinelas” con la pérdida de la vida como un acto más dentro del servicio de gendarmes, al mismo tiempo que otorgaban trascendencia a la vida y un destino superior a sus camaradas que continuarían brindando protección desde “el cielo”.

HERMANDAD Y HEROÍSMO: LA MUERTE EN CENOTAFIOS, PLACAS Y SANTUARIOS

Los velorios constituyen ceremonias habituales dentro de nuestra sociedad en las cuales se dispone de una serie de prácticas y discursos que resultan más o menos esperables. En sus estudios clásicos, Durkheim (1912) señala a los rituales sobre la muerte como una instancia para intensificar las emociones compartidas y establecer lazos de unión. De modo que, para el autor, esos rituales cumplen una función social reconocible que apunta a incrementar la solidaridad de los individuos. En diálogo con esta idea, Marcel Mauss (1921) avanza sobre el estudio de los rituales funerarios atendiendo a la expresión obligatoria de los sentimientos que, en el marco de estas prácticas, lejos de ser expresiones individuales, aisladas o irracionales, se adaptan a la justa medida que demuestra la proximidad de los sujetos entre sí y de los sujetos con el muerto. Partiendo de este marco sobre la ritualidad y la rutinización de los funerales, entendemos que la muerte colectiva constituida como un caso conmocionante constituye un fenómeno que en nuestra actualidad se configura esporádicamente. La improbabilidad de esta escala de muerte y

la conmoción con la que fue recibida por la sociedad produjeron que, en ambos acontecimientos, las expresiones de solidaridad, cortesía y tributo hacia los fallecidos se asemejen a un núcleo común de representación pero que posteriormente se dispersen en múltiples expresiones, habilitando una interesante heterogeneidad en las marcas de veneración.

Simultáneamente al momento del cortejo fúnebre y el comienzo de la inhumación de los cadáveres de los bomberos fallecidos en “la tragedia de Barracas”, los cuarteles de bomberos de diferentes puntos del país hicieron sonar sus sirenas de alarma. La emisión del mismo sonido, tan distintivo de la actividad de bomberos, generaba un lazo de solidaridad, encuentro e identificación con el oficio profesional. Más de 700 cuarteles se unieron a esta expresión pública de dolor y lamento transmitidos en el registro sonoro. Fue entonces cuando un jefe del área de seguridad siniestral de la PFA, según reconstruimos en un trabajo previo (Calandrón y Galar, 2017), dijo sentir que las sirenas antes que cantar, como en el cuento mitológico protagonizado por Ulises, sonaban como un llanto.

El 5 de mayo de 2014, a escasos meses del incendio, autoridades nacionales y municipales colocaron una placa metálica en el Puente de la Mujer situado en el barrio de Puerto Madero. La placa recordaba a Anahí Garnica a quien reconocía como la primera bombero mujer “caída en cumplimiento del deber”. Además de referenciar al género de la fallecida el lugar elegido se enmarcaba en una historia de amor que, desde la mirada de las autoridades que impulsaron este homenaje, era propia de las mujeres. Más concretamente, la entonces ministra de seguridad de la Nación, Cecilia Rodríguez, narró que el escenario también era alegórico a la “historia de amor” de Garnica, en tanto allí su esposo le había pedido casamiento. De esta forma, más allá de la veracidad de la historia, la muerte era transmitida y materializada junto al sentimiento esperanzador del nacimiento del amor. A través del acto las autoridades reconocían al Puente de la Mujer como un lugar donde ella “encontró el amor” y donde ahora, esperaban, pudiera encontrar “la paz eterna”. Simultáneamente, la institución brindaba a Garnica un reconocimiento especial al identificarla como “la primera” mujer en abrir un camino que luego continuarían otras. Por esto el acto contaba con una abultada guardia de bomberos mujeres de impecables uniformes de gala. Finalmente, reconocían a Garnica como “la única” mujer, la única bombero caída en cumplimiento del deber que, por ese carácter, merecía un reconocimiento también único.

Días después del incendio en Barracas, en marzo de 2014, la presidenta Cristina Fernández firmó un decreto que estableció para las víctimas un

obra en cuestión se construyó durante 2016 y el lugar de emplazamiento fue la primera lucha que dio quien estuvo a cargo de concretarla, el jefe del Móvil 5 de GNA. Era importante que el monumento se emplazara en el lugar exacto del accidente. Al relatar el proceso, el jefe recordaba otro evento trágico en el que participó, el accidente en Cerro Dragón al que referimos más arriba en el cual murieron nueve gendarmes. Allí, contaba, el cenotafio debió construirse en la mano de enfrente porque el sitio mismo del accidente era una zona inundable. Esta disposición enojó a las viudas de los gendarmes que, como forma de protesta, se mantuvieron de espaldas durante el acto de inauguración. Por eso, recordando esa triste experiencia, se lanzó a una enrevesada negociación con la Dirección Nacional de Vialidad para que autorizara la obra en el sitio exacto del siniestro, a la vera de la Ruta 34. Con este fin entubaron un canal y edificaron una explanada con estacionamiento para autos. El cenotafio fue bosquejado por el jefe del Móvil con ayuda profesional en lo referente al diseño arquitectónico. El monumento pretende representar la forma de un autobús que, en su devenir, se va desarmando y luego se eleva al cielo. Este efecto se logra con paredes discontinuas colocadas en un rectángulo, mientras que la elevación se plasma en una obra sobre-relieve donde un ómnibus se dirige hacia las nubes.

La estatua central representa a un gendarme que lleva en brazos a otro gendarme, identificados por el uniforme y las boinas, un símbolo del personal que ejerce tareas en el Móvil de la GNA. Quien va en alzas está herido y ambos salen, justamente, del ómnibus accidentado. En otra placa sobre-relieve se observa otra imagen de socorro, pero esta vez el gendarme auxiliado yace muerto, su boina está en el piso. La compañía frente al peligro y el auxilio de los camaradas son ideas medulares en esta forma de recordar la muerte. El compañerismo en tanto cualidad colectiva es el valor impreso en este cenotafio. Estas imágenes, según el oficial que imaginó el monumento, se encuentran además inspiradas en una historia real:

“En ese despliegue viajaban dos hermanos, el menor estaba originalmente destinado a ocupar un lugar en el micro que luego se accidentó, pero antes de salir, un poco en chiste, el hermano mayor le cambió de lugar. Diciéndole algo así como ‘vos pibe, andá en el de atrás’. Así, cuando sucedió el accidente, el menor fue a socorrer a la gente del micro caído y con lo primero que se encontró fue con el hermano, lo sacó, pero ya estaba muerto” (Nota de campo, 30/08/2017).

El lazo entre colegas constituye un significado particular en el procesamiento de la muerte trágica en las fuerzas de seguridad y, por lo

tanto, cobra un lugar destacado en la patrimonialización de la muerte. La noción de muerte que se transmite, venera y conmemora está íntimamente asociada a la hermandad, socorro y camaradería. Es para destacar que, en ningún caso, se veneran a los muertos porque sus acciones en vida les permitan trascender la muerte, sino que se veneran por el acto mismo en el que murieron.

Diferentes mitos y rumores rodean al cenotafio, según los relatos de gendarmes del Móvil 5. Por ejemplo, los albañiles abocados a su construcción aseguraron escuchar recurrentemente silbidos que corresponderían a los gendarmes fallecidos. También nos contaron que en ese lugar se produjo otro accidente protagonizado por una mujer que relató haber sido rescatada por una figura masculina, a quien identificó con uno de los gendarmes fallecidos. Por este motivo la mujer suele concurrir al cenotafio a agradecer a quienes "le salvaron la vida". Los gendarmes mencionaron asimismo que un camionero que transitaba un día de muchísima lluvia y tormenta por la Ruta 34 notó cómo al llegar al cenotafio las inclemencias del clima cedían "milagrosamente". Este tipo de historias, reiteradas por los compañeros de los fallecidos, alimentan la idea de la supervivencia de las almas más allá de la muerte del cuerpo, pero arraigada especialmente a ese instante de la muerte física. Las almas sobreviven allí, en el mismo espacio geográfico donde encontraron la muerte.

REFLEXIONES FINALES

El morir es, indudable y contundentemente, significativo en las fuerzas de seguridad de nuestro país. Esta relevancia se manifiesta en la inversión, disposición y esfuerzo destinados para su veneración así como en la presencia continua en las palabras que los agentes utilizan para explicar su oficio, profesión o actividad. En el despliegue de este escrito analizamos las acciones orientadas a preservar, transmitir y mantener en la memoria el hecho de morir como un símbolo de valor. Es por ello que acuñamos el término, construido a la luz de nuestros hallazgos empíricos, de *patrimonializar el morir*. Esto responde a que en los actos valorativos y conmemorativos la heroicidad colectiva de las fuerzas de seguridad se erige sobre las situaciones del morir. Este proceso deja de lado las cualidades individuales de quienes fueran esos bomberos y gendarmes en vida para la elaboración de los héroes.

Para indagar sobre este fenómeno seleccionamos dos acontecimientos trágicos y conmocionantes, uno protagonizado por la PFA y otro por la

GNA, a partir de los cuales revisamos la emergencia del morir en el espacio público. La particularidad de estos fenómenos radica en que en el mismo movimiento en que la muerte es considerada una instancia que homogeniza y une a la institución con su personal y a éste con el conjunto con la sociedad, también se trata de un momento de distinción y fragmentación. Estas situaciones del morir son plausibles de ser *patrimonializables* por la conmoción generada socialmente, lo cual responde a la magnitud de la muerte (accidentes que involucran a decenas de personas) y a la oportunidad política. Esta última, a veces producto de una conjunción azarosa de condiciones, provoca que en ese momento y en ese lugar estos acontecimientos colonicen la escena mediática y exijan respuestas políticas visibles.

Los velatorios y la materialización de esas muertes muestran un morir distintivo de los agentes policiales respecto del de sujetos que no integran las fuerzas de seguridad. Detalles como los velatorios coordinados con los horarios de comienzo y fin de los turnos de guardia, el recurso de las sirenas, la presencia de una autobomba histórica encabezando el cortejo fúnebre, la reiteración de uniformes y boinas distintivas, las guardias de honor y los reconocimientos institucionales *post mortem* hablan de un proceso ceremonial particular. En esta misma dirección, también se destacó la *muerte original* o la *muerte extraordinaria* repositando la excepcionalidad del suceso. Argumentaciones como “la única mujer caída en cumplimiento del deber” revalorizan esta combinación entre lo genérico y lo especial del deceso.

Las ceremonias funerarias de los miembros de las fuerzas estuvieron centradas en la trascendencia de los muertos para quienes se espera la continuidad del alma. Para esto, entre las estrategias de generación de significados encontramos la apelación a la heroicidad colectiva (los bomberos difuntos devinieron “héroes”) y a la prolongación de su responsabilidad de proteger la sociedad (los “centinelas de la patria” se convirtieron en “centinelas en el cielo”) que, más que cualificar a los muertos, describe y califica a las instituciones. Finalmente, la muerte se asocia a la solidaridad y a la igualdad entre agentes de diferentes lugares, con distintas historias personales y jerarquías. Es claro que todos estos sentidos no están atribuidos a la muerte de forma estática y acabada sino que se dinamizan en los procesos posteriores a la finalización trágica de las vidas y se expresan a la hora de realizar un funeral, construir un monumento, diseñar una placa o decir un discurso. En este sentido la muerte se patrimonializa como un símbolo de la profesión que, en su

reconocimiento y confluencia, construye identidad. Insistimos con esta idea debido a que las obras monumentales, los litigios judiciales, los programas televisivos y las placas conmemorativas relevadas en el marco de este trabajo no recuerdan a las personas devenidas héroes sino a la situación de muerte experimentada por el conjunto de la organización policial. De manera que aquí ofrecemos una mirada complementaria a aquellos trabajos concentrados en el proceso de transformación de los sujetos policiales en héroes (Galeano, 2011).

Recuperando el análisis de Marcel Mauss, que asocia las expresiones de los sentimientos con la proximidad de los deudos respecto del muerto, en este artículo damos cuenta del protagonismo en ese juego de cercanías que tienen las instituciones policiales. En las ceremonias y homenajes las fuerzas se vuelven centrales no únicamente por la potencial responsabilidad que tienen en esas tragedias sino, principalmente, por el sitio que la actividad profesional tuvo en la vida de los fallecidos y tiene hoy en día en los agentes que permanecen vivos. Las familias cercanas y la colectividad profesional cobran el mayor protagonismo a la hora de concretar el velorio, decidir el entierro, crear la capilla ardiente, elegir los féretros y disponerlos en espacios o trasladarlos. En la dirección opuesta, pero subrayando esta misma idea, la muerte se erige como consecuencia de las (malas) decisiones operativas y profesionales. Así las cosas, la disputa abierta para darle sentido al morir es también una disputa para darle sentido a la vida profesional.

.....◇.....

BIBLIOGRAFÍA

Carozzi, María Julia

2003. "Carlos Gardel, el patrimonio que sonrío". En: *Horizontes Antropológicos*, Año 9, N° 20.

Calandrón, Sabrina y Galar, Santiago

2017. "El llanto de la sirena. Heroísmo y sacrificio en la construcción pública de la figura de bomberos en la Argentina contemporánea". En: *Sacrificio, heroísmo y martirio*. Buenos Aires: Editorial Godot (en prensa).

Cefai, Daniel y Pasquier, Dominique

2003. *Les sens du public. Publics politiques, publics médiatiques*. Paris: PUF.

Durkheim, Emile

1912. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal Editor.

França Vera y Almeida Roberto

2008. “O acontecimento e seus públicos: um estudo de caso”. En: *Contemporânea*, Vol. 6, Nº 2, diciembre, pp. 1-24.

Galar, Santiago

2016. “Dimensiones del activismo policial. Un análisis de prácticas sostenidas ante la masacre policial ocurrida en La Plata en 2007”. En: *Question*. Vol.1, Nº51, pp. 188-204

Galeano, Diego

2011. “Caídos en cumplimiento del deber’. Notas sobre la construcción del heroísmo policial”. En: *Mirada (de) uniforme. Historia y crítica de la razón policial*. Buenos Aires: Teseo, pp. 185-219

García Canclini, Néstor

1999. “Los usos sociales del Patrimonio Cultural”. En: *Patrimonio Etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*. Andalucía: Conserjería de Cultura.

Garriga Zucal, José

2016. “Sacrificio y violencia. Representaciones del trabajo entre los policías de la provincia de Buenos Aires”. En: *Sobre Héroes y Tumbas. Sacrificio, heroísmo y martirio*. Buenos Aires: Editorial Godot (en prensa).

Gayol, Sandra y Kessler, Gabriel

2015. “Introducción”. En: *Muerte, política y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Edhasa, pp. 9-29.

Lévi-Strauss, Claude

1988. *Tristes Trópicos*. Barcelona: Paidós.

Maglia, Elea

2017. “Morir para servir. Representaciones sobre la muerte y construcción de identidad en la Policía Federal Argentina”. Tesis de maestría, mimeo. Buenos Aires: Programa de posgrado en Antropología Social FLACSO.

Mauss, Marcel

1921. “L’expression obligatoire des sentiments (rituels oraux funéraires australiens)”. En: *Journal de Psychologie*, Nº 8, pp. 269-278.

Sirimarco, Mariana

2016 *El último Chonino: crónica de una investigación sobre policía y heroísmo*. Buenos Aires: Antropofagia.